

Ahora, que tú ya lo sabes

(Seudónimo: Pizca)

Tú todavía no lo sabes, aunque, diez años después de tu última visita, por fin viajas a Zahara de los Atunes. En cuanto llegues aquí lo sabrás. Acabas de salir de Madrid. Conduces con lentitud por la carretera vacía. A tu alrededor se expande la tierra yerma coronada por el cielo oscuro.

Tus dos manos agarran el volante del Fiat 500. Sigues atrapado en tu última pregunta de nuestra conversación de anoche, como si permanecieras preso en esa telaraña. ¿De dónde surgió mi vocación por construir catedrales?

No supe responder. Te llamé para invitarte a la fiesta de cumpleaños de Joaquín, tu sobrino. En realidad, no viajas aquí para visitar a tu sobrino, sino por él, por tu padre, pero tú todavía no lo sabes. Él está ingresado en el hospital, tras un grave accidente mientras nadaba en la playa de los Alemanes. Qué curioso. El mar le ha dado todo, pero esa última ola pretende arrebatarse lo que queda.

Tú todavía no lo sabes porque vives lejos de Zahara de los Atunes, aunque en tu pensamiento siempre estamos los cuatro, ellos, tú y yo, como esas vides dispersas en medio del horizonte nocturno y seco que vislumbra a través de la ventana del coche.

Tú todavía no lo sabes, pero prácticamente todo ha cambiado, menos tu habitación. Continua intacta, como si ese espacio se hubiera congelado desde el día que te fuiste. Hubo una época en la que emulabas construir la Sagrada Familia. Él era el único de nosotros tres que te animaba a seguir los pasos de Gaudí. Yo no entendía nada. Sorbía la sopa y escuchaba. Pronto ella interrumpía la conversación. Te preguntaba por el futuro. Esbozaba tu porvenir: una ocupación segura y tediosa en el taller de coches en el que ya trabajaban los primos, o la idea de formar una familia. Tú te enfadabas. Ellos dos discutían después. Yo comía un yogur frente a la televisión. La tensión se multiplicaba. Ella le recriminaba a él que alimentara tus proyectos abocados al fracaso. Él decía que lo inútil es imprescindible en una vida plena. Yo me iba a dormir.

Soy tu hermano gemelo, pero apenas nos parecemos. Somos como dos islas situadas a escasa distancia, pero habitadas por naciones que se comunican mediante idiomas intraducibles entre sí. Si te digo que él está muy enfermo, que la vida se escapa, sé que darás un volantazo. No vendrás aquí. Volverás a Madrid. Siempre has esquivado el dolor o la dificultad que asoman en ciertas realidades. Hubo un tiempo en el que dibujabas durante los exámenes. Te aislabas y desaparecías en mitad de las reuniones con los primos para pintar en casa o bajo el faro de Trafalgar. Una noche cualquiera entre semana acudías a la duna de Bolonia a reunirte con amigos hasta el amanecer, en lugar de dormir, madrugar e ir a la escuela como hacía yo.

¿Quién sueña con diseñar catedrales en el siglo veintiuno?

En el estudio en el que trabajas constrúis edificios prácticos. Cosas útiles. Estaciones de metro. Hospitales. Colegios. Centros comerciales adaptados para personas con movilidad

reducida. No vives en el tiempo de Brunelleschi, ni en el de Bramante, ni en el de Churriguera, aunque vivas al lado de la estación de metro de Ventura Rodríguez.

Tú todavía no lo sabes, pero tu coche desprende un olor a caucho quemado. Esa negación ha durado demasiado. La nube negra que sale de las ruedas traseras se ve desde aquí, desde este viejo taller de coches que siempre has despreciado, y en el que trabajo con nuestros primos desde hace quince años.

Tú todavía no lo sabes, pero eres consciente de que, aunque nunca nadie se ha ido, cualquier día uno de nosotros cuatro de repente puede desaparecer, como cuando alguien arranca de golpe una planta de la tierra y se genera un caos, en el que se aprecian sus raíces tiernas rodeadas de lombrices que se mueven como acordeones y del sustrato que se desparrama en grumos deformes.

El cielo se torna rojizo y sustituye al negro. Los colores se suceden como los kilómetros. Lees Mérida escrito en el cartel blanco, con una raya diagonal roja, como los taxis de Madrid. Asocias el cartel a la distancia rápidamente. Quedan menos de cuatro horas para llegar a Zahara de los Atunes.

Tú todavía no lo sabes, pero ese rasgo autómatas que hay en ti te permitirá detectarlo pronto. Siempre que regresas a casa tras una larga ausencia te comportas de la misma manera. Hoy, ingenuo de ti, también piensas que volverá a ser igual antes de salir a cenar atún encebollado y chicharrones para celebrar el cumpleaños de Joaquín. Crees que abrazarás a ellos dos, luego a mí. Después, en tu habitación, abrirás la ventana y contemplarás el mar. Siempre te ha cautivado su oleaje oscilante, orquestado por los latidos de un corazón subterráneo que bombea agua. La sangre del océano.

Tú todavía no lo sabes, pero dices esa frase cuando te enfadas. Ayer también mencionaste que la familia es como el mar. Por la mañana el oleaje crece y conquista el territorio de la arena. Entonces el mar es como el hijo que anhela el regreso a la orilla, que es su hogar. La arena es la distancia que se reduce a medida que el agua se acerca a la tierra, hasta finalmente desaparecer. Pero, subyace. Está ahí abajo. Sigue latente. Por la tarde llegan las discusiones y la marea comienza a bajar. Devuelve el espacio ocupado a la arena, que vuelve a brotar como un muro para generar la distancia y la separación. El mar titubeante se repliega sobre sí mismo. El hijo se encierra en su habitación. Vuelve a su epicentro de soledad. La tierra sigue en el mismo lugar, como la pretendida autoridad de los padres que únicamente se resquebraja con la furia de los temporales.

Por eso no regresas a Zahara de los Atunes. No te gusta encerrarte en tu habitación tras un enfado.

Detienes tu coche en una gasolinera cerca de Sevilla. Junto a ella hay un edificio, una cafetería con forma de cubo azul, situada en medio de un prado verde. Entrás y pides un café solo. Está ardiendo. Contemplas las paredes. El interior del edificio también es azul marino. Bebes un primer trago. Hubo un tiempo en el que tú también decidiste que el azul iba a ser el color de tu vida. Te teñiste el pelo de azul. Vestías con pantalón azul, con camiseta azul, con calcetines azules y con jersey azul. El azul contrastaba con el tono pálido de tu cara, como una luna en medio de la noche. Una y otra vez tarareabas la canción de Dorian que buscaba llevarte a cualquier otra parte. Ella y yo no entendíamos nada. Solo él intuía que esa obsesión por la música escondía tu secreto. En realidad, tú buscabas algo que merecía la pena y que estaba lejos de este viejo taller de coches al que parecías condenado junto a mí.

Ahora miras tu jersey verde. Algo ha cambiado. Después pides la cuenta. Pagas y sales del cubo azul. Arrancas el motor del coche y retomas la ruta. Mientras conduces observas el paisaje. Los pueblos se suceden unos a otros. Nunca más de cuarenta casas blancas, de solo dos alturas, con cuatro ventanas. En el medio siempre sobresale el campanario de la iglesia, coronado por un nido. En su parte más alta las catedrales albergan un hogar para las aves. Un hogar, adonde ahora crees que regresas.

Se forma detrás de ti una hilera de coches. Te adelanta un conductor y suena el claxon de su coche. Te enfadas. Respondes con un bocinazo, mientras ingenuamente piensas en las velas que soplará tu sobrino Joaquín esta noche.

Tú todavía no lo sabes, pero te preocuparás cuando lo sepas, aunque tu distanciamiento nos dice que para ti el pasado con nosotros ha sido en ocasiones gris, como una eterna tarde de encierro en tu habitación, en la que, mientras pintabas, decidiste colgar el cuadro “*Mujer mirando el mar*”, de Dalí. Nos diste la espalda para contemplar el mar. Buscabas algo en ese horizonte infinito. No te conformabas con las posibilidades que se presentaban en la comarca de La Janda. En nuestras conversaciones he tratado de que evoques algunas situaciones concretas que están ahí, pero que no ves, como si fueran fantasmas imperceptibles a tu mirada.

Era tu primera carrera de adultos, tú ibas segundo y él primero. En sesenta años nunca nadie de la familia había subido al podio de esa carrera estival que se celebraba anualmente en la playa de Atlanterra. Por momentos, parecía que en esa edición iba a haber dos de nosotros en lo más alto. Yo estaba con ella en la grada. Los vecinos nos miraban. Nos preguntaban si éramos familiares vuestros. Yo afirmaba sonriente. Era la última vuelta al circuito, él te adelantaba unos diez metros y, detrás de ti, llegaba un grupo de unos treinta ciclistas. Él competía desde que tenía quince años y nunca había terminado entre los diez primeros. Para él era muy importante. De repente él giró la última curva y cayó a la arena. Tú le adelantaste y ganaste. Él subió rápido a su bicicleta y finalizó en segundo lugar. Nosotros dos aplaudimos. No entendí nada. Luego, en la entrega de premios, sí. Vi cómo él le sonreía a ella y susurraba algo a su oído. Ella os miraba a los dos con ojos vidriosos. ¿Pudo ser esa caída la primera piedra de tu catedral?

Además de esa medalla de oro, durante cuarenta años él cada día se despertó a las cinco de la madrugada para salir a faenar, tratar de capturar algún atún con la almadraba y regresar a casa por la noche. Día tras día, con la misma frecuencia con la que el mar incesante choca con el rompeolas. Esta mañana también se levantó a la misma hora y fue a nadar.

Sientes un rugido en el estómago. Delante de ti ves un autobús que accede a una estación de servicio. Se detiene y de él baja un grupo de treinta alumnos de un colegio. Intuyes que habrán ido a visitar las ruinas romanas de Itálica. Entrás a la cafetería y pides el segundo café de la mañana y un sándwich mixto. Mientras lo comes un niño entra al baño. A los cinco minutos sale disfrazado de momia, envuelto en papel de baño. Sus compañeros se desternillan, pero los profesores le riñen y le obligan a sentarse solo, alejado del grupo. Él, resignado, acepta el castigo y se sienta. Comienza a dibujar. Tú te diriges a la barra para pagar. Mientras esperas a ser atendido por el camarero observas su dibujo. Hay un hombre en un barco, que navega entre dos islas. En una hay una población con casas, barcos en el puerto y grupos de transeúntes. En la otra, a la que se dirige el barco, hay un solo hombre desnudo, sentado en la arena, que contempla la isla de enfrente. Por fin pagas y regresas a la carretera.

Tu todavía no lo sabes, pero pronto sabrás que el cumpleaños de Joaquín es una coartada para que vengas aquí, a Zahara de los Atunes.

Mientras conduces suena tu teléfono. Yo estoy junto a ella cuando comenzáis a hablar. Os saludáis y le dices que ya estás en la provincia de Cádiz. En menos de una hora llegarás. Escuchas su voz y, en seguida, detectas un tono diferente, como si empezases a saberlo. Ella te dice que no habrá celebración, pero que conviene que termines tu viaje. No te esperaremos en casa, te pide que vengas al hospital. Estamos todos bien, pero te avisa que tu padre se levantó a las cinco de la mañana, como siempre, y fue el mar, donde tuvo un accidente mientras nadaba. Mejora, pero sigue ingresado.

Ahora, que tú ya lo sabes, por fin percibes que el final es posible, como si la muerte se asomase y te mirase a los ojos. Enciendes la radio y suena "*Fear of the Dark*", de Iron Maiden. El rojo cede su lugar en el cielo al naranja y, poco después, el azul se adueña del techo. Este es tu momento. Por fin aceleras.

Ahora, que tú ya lo sabes, la música te arrolla con velocidad, solo quedan diez kilómetros y la distancia se reduce con rapidez, se evapora hacia el azul como si hubiera un imán allá arriba.

Ahora, que tú ya lo sabes, identificas el letrero de Zahara de los Atunes, blanco y sin tachar, sin esa raya roja diagonal que suena a despedida. Giras en la rotonda y, esta vez, no cruzas el puente sobre el río Cachón. En lugar de continuar, observas la ventana de tu habitación desde tu coche y tomas un nuevo camino que te dirige al hospital de La Janda, en Vejer de la Frontera.

Ahora, que tú ya lo sabes, tú no te caes tras esa última curva. Tampoco das la vuelta para regresar a Madrid, como habrías hecho hace tiempo ante esta incertidumbre. No es el momento de buscar refugios ni de dejar brotar muros de arena. La verdad está delante y el rostro del horror nos acecha. No cedés tu victoria, que es la de todos. Aparcas el coche. Encuentras el mechero en el bolsillo de tu pantalón y enciendes un cigarro. Inhalas una única bocanada de humo. Tiras la colilla al suelo y la pisas. Entrás en el hospital. Buscas la habitación doscientos dieciséis. Abres la puerta y entrás. Nos ves a ellos y a mí. Nos abrazas, como cuando llegabas a casa hace más de veinte años, pero esta vez en la habitación de un hospital.

Te sitúas frente a él. Agarras su mano inerte, incapaz de reaccionar. Detienes tu mirada en sus ojos. Ahora, que tú ya lo sabes, cuando su existencia pende de un frágil alambre, le dices que, pese a la distancia, cada noche desde que te fuiste sueñas con construir la catedral más alta de todos los tiempos. En ese sueño él es siempre el primero en entrar, porque él es el único que desde el principio supo escucharte y eso, como la plata que reverbera en las olas de tu niñez, es algo que jamás se olvida.